

nerse en contacto con la derecha moderada, de cuya idea enteró también al emperador antes de regresar á fines de octubre de Saint-Tropez, en el departamento del Var, donde había pasado algunas semanas. De regreso á Paris, recibió por conducto de Pietri en 30 de octubre la invitación á una conferencia nocturna con el emperador en Compiègne. La visita se efectuó, pero los dos personajes interesados no llegaron á ponerse de acuerdo; Napoleón pidió que Ollivier entrara en el gabinete existente y que Forcade especialmente conservara el ministerio del Interior, y Ollivier contestó á cada una de estas exigencias con un decidido *non possumus*. No por esto se abandonaron las negociaciones, sino que continuaron, ya por correspondencia directa, ya por mediación de Duvernois. Por fin, desvaneció los últimos escrúpulos de Ollivier una carta autógrafa del emperador del 11 de noviembre, en la cual Napoleón hizo grandes concesiones, tanto que Ollivier escribió á Duvernois: «Esta carta está redactada en términos tan sinceros y nobles, que triunfa de todas mis objeciones. Estoy decidido y me precipito al combate. Que Dios bendiga nuestras armas.» Al emperador contestó al día siguiente que el senado-consulta implicaba un cambio de personas y que su entrada en los negocios debía ir acompañada de un cambio de este género; que el emperador debía atraerse los talentos de treinta á cuarenta años, y que en este concepto le proponía nombrar á Duvernois y Philis secretarios generales del Interior y de Justicia. «Llame V. M. á la juventud á sí; señor, solo ella puede salvar al príncipe imperial. Los viejos egoístas que rodean á V. M. solo se acuerdan de sí propios... Este rejuvenecimiento del personal es indispensable, pues sin él se perderá V. M. por falta de fuerza en medio de la cohorte inepta y pusilánime de sus empleados.» La verdad era que para los puestos directivos solo podía echarse mano por lo pronto de los parlamentaristas conocidos, es decir, de los jefes de los 116, y aquí fué donde Ollivier se encontró por parte del emperador con antipatías personales muy vivas. Primero fué rechazado el conde de Daru, y se levantó contra Buffet una multitud de dificultades; Ollivier propuso eventualmente á Segris, y Napoleón le dijo: «De buena gana le rodearía á usted de personas de su gusto; pero tenemos que entrar en un desfiladero muy difícil, y esto solo podemos hacerlo encargándonos cada uno por nuestra parte de vencer las dificultades. Cuando al fin de la legislatura resulten fogueados nuestros reclutas, podrá usted arreglar las cosas enteramente á su gusto y no tendrá usted ya que imponerse el sacrificio de una aversión personal.» A pesar de estas consideraciones no fué posible ponerse de acuerdo, de suerte que llegó el día de la apertura de la cámara sin que Ollivier hubiese conseguido formar el ministerio.

La izquierda se presentó según era de esperar con intenciones muy belicosas. Su manifiesto del 15 de noviembre anunció á la verdad que esperaba conseguir con la discusión pacífica que el país se gobernara otra vez á sí mismo; pero también dijo que si la fuerza bruta amenazara ahogar su voz, emplearía otras armas. Al mismo tiempo se anunciaron interpelaciones sobre el aplazamiento injustificado de la legislatura y sobre las turbulencias en las elecciones de Paris en el mes de junio, y se pidieron cosas que como el abandono de la ley militar, la introducción del sistema de milicias y el derecho de la nación á decidir la paz y la guerra, hacían prever debates violentísimos. Las segundas elecciones que tuvieron efecto en aquellos días en Paris llevaron á la cámara á Arago, Cremieux, Glais-Bizoin y aumentaron no poco la confianza de los irreconciliables (1). Esto confirmó á Ollivier

en su deseo de asegurarse más que nunca el auxilio de la derecha hasta donde le fuese posible y de romper de consiguiente con el ala izquierda de los 116. A este fin entró en relaciones con Jerónimo David para preparar las bases de una mayoría compuesta en parte de la derecha y en parte del tercer partido (2). Para provocar la ruptura en el seno del tercer partido propuso en una asamblea del partido, que se reunió el 26 de noviembre bajo la presidencia de Daru, con unos cincuenta diputados, que primero se emprendiese el exámen de las actas que quedaban por examinar y despues se aplazara la interpelación propuesta por los 116, dando por motivo la convocación tardía, y se entrara con la derecha en negociaciones. La admisión de estas proposiciones tuvo por consecuencia una nueva reunión en la cual se resolvió por 162 votos contra 25 el aplazamiento de todas las interpelaciones hasta despues del exámen de las actas. Con esto quedó declarado el cisma. Ciento ochó diputados pertenecientes en parte al tercer partido y en parte á la derecha se unieron alrededor de Ollivier para constituir un nuevo partido, el centro derecho, mientras cuarenta y un miembros del anterior tercer partido se constituyeron como centro izquierdo. Cuando ambos partidos hubieron expuesto sus programas, se vió que en el fondo discrepaban poco entre sí. El centro derecho pedía la conservación de la paz, el restablecimiento del régimen parlamentario, la abolición de la ley de seguridad, el jurado para la prensa, el procesamiento de los funcionarios públicos que mermaran la libertad personal ó la electoral, la elección de los alcaldes entre los individuos de los consejos municipales, etc. El centro izquierdo iba un poco más lejos en algunos puntos pidiendo que los consejos municipales eligiesen á los alcaldes y que cooperase el cuerpo legislativo á las modificaciones de la constitución. Los dos grupos estuvieron de acuerdo ante todo en la conservación del imperio, en la ampliación de las libertades políticas y en evitar la revolución. Verdad es que la maniobra efectuada por Ollivier hacía la derecha dió lugar á un sentimiento de descontento y desconfianza en el centro izquierdo; pero también Ollivier y Martel se dieron mutuamente explicaciones que impidieron una separación completa entre los dos centros. El emperador, al abrir la cámara el 29 de noviembre excitó á los diputados á unirse á él para salvar la libertad, diciendo que él por su parte respondería del orden. Por lo demás el discurso del trono tomó un carácter bastante vago, que dejó entrever que la crisis ministerial continuaba todavía en la atmósfera; pero antes que el emperador adoptara ninguna decisión, quiso dejar algún tiempo á los partidos para que se agruparan. Para esto ofreció la primera ocasión la elección de las mesas que se hizo el 1.º de diciembre, resultando elegido Schneider presidente por 151 votos contra 121; en la elección de vice-presidentes el marqués de Talhouet obtuvo 244 votos de 271, y además fueron elegidos Miral, Chevandier de Valdrome y Jerónimo David por débiles mayorías de la derecha y del centro derecho, mientras la izquierda y el centro izquierdo reunieron para Daru 98, para Buffet 75 y para Grevy 73 votos. Las semanas siguientes se pasaron en el exámen de las actas, en cuya discusión Forcade procuró justificar en cuanto pudo la conducta del gobierno; pero aunque la cámara aprobó casi sin excepción las elecciones dudosas, el ministro del Interior con estos debates se hizo cada vez más imposible y el mismo emperador renunció poco á poco á la idea de conservarle. Despues del exámen de las actas se realizó el paso decisivo,

roux, que al ser nombrados ministros habían renunciado á su cargo de diputados, en sus distritos electorales.

(2) Darimon: *Deux ans*, pág. 414.

y el *Monitor* publicó una carta del emperador dirigida á Ollivier, con fecha 27 de diciembre, en la cual se anunciaba la dimisión de todo el ministerio, quedando encargado Ollivier de la formación del nuevo gabinete.

Aun así las cuestiones personales ofrecieron muy grandes dificultades. Ollivier deseaba conservar á los ministros de la Guerra y de Marina y á Magne para el de Hacienda, y quiso encargar el de Comercio á Duvernois. Del centro izquierdo no pensó sacar ningún personaje, pero del centro derecho se propuso elegir á Talhouet, Segris y algunas otras personas menos conocidas, encontrando en este punto grandes resistencias. Magne y Duvernois no quisieron entrar en un mismo gabinete. Talhouet y Segris no ofrecieron esta dificultad, pero pidieron que Daru y Buffet del centro izquierdo entraran en el ministerio y que á este último se diera el ministerio de Hacienda, con lo cual quedó Magne excluido de esta cartera. Además Daru y Buffet mostraron poquísimos deseos de encargarse de ningún empleo y pidieron que á lo más se conservaran del antiguo ministerio el ministro de la Guerra y el de Marina, Leboeuf y Rigault de Genouilly, así como el mariscal Vaillant como ministro de la casa imperial. Ollivier estuvo muchas veces á punto de devolver al emperador el encargo que éste le había dado, pero finalmente se ajustó en todos los puntos esenciales á las exigencias del centro izquierdo y reunió el 2 de enero de 1870 su ministerio. El mismo se encargó de las carteras de Justicia y de Cultos, Daru recibió la cartera de Negocios extranjeros, Chevandier de Valdrome la del Interior, Segris la de Instrucción, Talhouet la de Obras públicas, Louvet la de Comercio y Agricultura, Mauricio Richard la de Bellas Artes, que se restableció, y Leboeuf, Rigault de Genouilly y Vaillant conservaron sus puestos. Entre las modificaciones que se efectuaron fuera de los ministerios, las más principales fueron la retirada de Hausmann de la prefectura del Sena y el nombramiento de Parieu para la presidencia del consejo de Estado, en reemplazo de Chasseloup-Laubat.

El cambio de sistema hizo una impresión favorable sobre la gran masa de la población, según tuvieron que confesarlo los mismos contrarios. Esta gran masa, si bien no tenía una confianza exagerada en Ollivier, tuvo demasiado miedo á un desenlace revolucionario, lo cual le hacía desear buen éxito al nuevo ministerio. Los republicanos por supuesto no participaban de este modo de pensar, pero se lisonjearon en parte con la esperanza de que el cambio de principios aceleraría la caída del imperio. Gambetta repitió en la cámara lo que ya había declarado en su elección, que no había que hablar de conciliación; «pero, añadió, aunque no pueda yo alcanzar nada en esta sala, no por eso apelaré fuera de aquí á la fuerza, antes bien creo que la luz del progreso saldrá de esta tribuna y que despues de esta mayoría vendrá otra que sacará la consecuencia lógica: para nosotros nuestros predecesores no son mas que un puente por donde pasaremos.» A la extrema izquierda, á Rochefort y á Raspail pareció este lenguaje pacífico casi como una traición, y muy distantes de querer aguardar el curso de los sucesos, excitaron á seguir la lucha en la vía pública y á derribar al gobierno con el auxilio de las masas obreras de la capital, para lo cual se les ofreció una ocasión como no podían desearla mas propicia cuando apenas hacia ocho días que funcionaba el ministerio Ollivier.

El príncipe Pedro Bonaparte, del cual ya hemos hablado en otra ocasión, se hallaba enredado en una guerra periodística con Pascual Grousset, colaborador de Rochefort en *La Marsellesa*, y Rochefort mismo se había mezclado en este asunto con algunos de sus artículos maliciosos é insultantes. En su consecuencia, el príncipe le envió en 8 de enero un

reto que fué aceptado; solo que en la redacción de *La Marsellesa* se opinó que el príncipe debía reñir primero con Grousset, por cuya razón se le enviaron en 10 de enero otros dos periodistas, llamados Víctor Noir y Fonvielle, á Auteuil, donde Pedro Bonaparte vivía, lejos de todo contacto con la corte, para entregarle la exigencia de Grousset. El príncipe observó que él solo tenía que ver con Rochefort y no con sus peones, lo que dió lugar á un altercado; se cruzaron ultrajes y por último terminó la escena con un bofetón que dió Noir al príncipe ó éste á Noir. El príncipe echó mano á un revólver y mató á Noir, y luego cambió con Fonvielle, que también sacó un arma de su bolsillo, varios tiros sin que ninguno de los dos fuese herido.

Este suceso produjo un efecto inmenso. Era dudoso quién había dado lugar á la pendencia sangrienta, las declaraciones de Fonvielle y del príncipe eran contradictorias, y si todo podía creerse del carácter iracundo del príncipe, también era igualmente creíble la sospecha de que el partido contrario hubiese tratado de armar un escándalo adrede. La población de buen criterio se tranquilizó pronto con la noticia de que Ollivier había dispuesto al instante la prisión del príncipe. El acusado hubo de comparecer ante el tribunal del Estado conforme pedía la ley existente; Raspail protestó vivamente en la cámara, pero esto no impidió que el acusado saliese absuelto el 27 de marzo, si bien solo por 22 votos contra 18, lo cual sin embargo estaba conforme con la impresión que produjo la actitud del príncipe, mucho más favorable que la de Fonvielle y su abogado. La conducta de los republicanos despues del asesinato abonaba la suposición de que ellos mismos habían provocado el conflicto. *La Marsellesa* del 11 de enero fué publicada con una orla negra é insertaba un artículo furibundo, en el cual Rochefort se acusaba de debilidad por haber creído posible un desafío leal con un Bonaparte y que un miembro de esta familia de matones pudiera ser otra cosa mas que un asesino. Excitó al pueblo á declarar que estaba llena la medida y á que demostrara tomando parte en masa en el entierro al día siguiente que este asesinato sería el último que cometería el imperio. En términos mas claros excitó en la cámara á todos los ciudadanos á empuñar las armas para hacerse justicia por sí mismos, y por la noche invitó en una asamblea popular al público á presentarse en una reunión que debía decidir del porvenir de la democracia. Discursos análogos se pronunciaron aquel día en todos los clubs, y en todos ellos estaban guarnecidas las tribunas de gasas negras. Era evidente que se trataba de un movimiento bien organizado y que el gobierno debía estar preparado para presenciar el día 12 un levantamiento revolucionario. Adoptó, pues, el gobierno sus medidas, poniendo las tropas en los cuarteles sobre las armas; la policía estaba en sus puestos en todos los barrios mas peligrosos, habiéndose dado al mismo tiempo órdenes rigurosos para impedir todo celo excesivo, á fin de no provocar á la población. El plan de los revolucionarios era efectuar el entierro, no en el vecino cementerio de Neuilly, sino en el del *Père la Chaise* para proclamar allí el levantamiento. Rochefort en vista de los preparativos amenazadores del gobierno se acobardó, y se dice que desfalleció y desapareció. Fonvielle, Delescluze y otros detuvieron al pueblo; Flourens, Beaury y otros que se empeñaron en realizar el golpe no tuvieron bastante dominio sobre la multitud, y el resultado fué que el sepelio se efectuó en Neuilly y que las turbas innumerables que habían acudido y que volvieron á Paris al són de la *Marsellesa* y á los gritos de «abajo el emperador, abajo la emperatriz,» se dispersaron volando cuando en los Campos Elíseos se encontraron con las masas de tropa. Además el día estuvo lluvioso, lo cual contribuyó también á aplacar el

(1) Al propio tiempo fueron reelegidos los ministros Bourbeau y Le-

ardor revolucionario. No dejó de ser un gran resultado que aquel día tan temido pasara sin excesos peores; pero el ministerio comprendió que no debía contentarse con este triunfo, sino que era necesario proceder con decisión y energía. En 11 de enero había pedido á la cámara que ésta autorizara el procesamiento de Rochefort á pesar de su calidad de diputado. La izquierda y hasta el centro izquierdo se opusieron, pero Ollivier se mantuvo firme, y también Daru y Buffet manifestaron á sus correligionarios que dimitirían si no se les autorizaba á encausar á Rochefort. Ante esta amenaza retrocedió el centro izquierdo, retiró su órden del día y la cámara en 13 de enero concedió por 226 votos contra 34 la autorización solicitada. La causa dió por resultado el 22 de enero la condena de Rochefort á seis meses de cárcel, y análogas penas tocaron á Vermorel, que había proclamado en *La Reforma* la guerra á muerte contra el «bandido corso» y á Grousset por otros artículos. La izquierda hizo una nueva tentativa para impedir la prisión de Rochefort, diciendo que para esto era menester una nueva autorización de la cámara; pero la mayoría permaneció fiel al gobierno y por la noche del 8 de febrero Rochefort al querer entrar en un club fué conducido á la cárcel. Al recibir esta noticia Flourens proclamó el levantamiento y empezó con algunos centenares de compañeros á levantar barricadas, las primeras que había visto París desde el mes de diciembre de 1851. Hubo una corta lucha en la cual los sublevados fueron dispersados muy pronto; Flourens, Beaury y otros huyeron á Londres, y también se sofocó con facilidad en 9 de febrero un agrupamiento amenazador. La reacción estaba contentísima porque finalmente se había derramado sangre; pero si bien fué repugnante el lenguaje de sus defensores, en especial el de Cassagnac el menor, no dejaba de tener razón como partido, porque la colisión sangrienta con los contrarios era un mal menor que los ultrajes continuos y los trabajos de descrédito de los clubs y de los periódicos.

La agitación socialista que estalló en aquellos días en los distritos mineros del Creuzot era muy propia para poner en cuidado á los partidarios del gobierno existente. Los obreros exigieron que las cajas de socorro, cuyo capital había sido reunido por ellos, fuesen entregadas á una comisión ó comité que ellos mismos habían elegido, y á cuya cabeza se hallaba un individuo de la Internacional llamado Assy. Tratándose de un fondo de reserva de cerca de medio millón y de ingresos anuales de 250,000 francos por lo menos, el propietario de los talleres del Creuzot, que era Schneider, presidente de la cámara, se opuso á la pretension de los obreros, contando con que la mayoría tendría confianza en la administración como hasta entonces la había tenido. Pidió, pues, á los obreros una especie de votación en la cual esperaba que resultaría vencido Assy; pero la mayoría de los obreros se abstuvo de votar y las tres cuartas partes de los que votaron lo hicieron contra la situación anterior. Entonces Schneider despidió á los jefes del movimiento, con lo cual no hizo más que exasperar la resistencia; el órden quedó realmente comprometido y tuvo que ser asegurado por medio de disposiciones militares. La Internacional reunió socorros á favor de las víctimas del Creuzot, y durante semanas amenazó con una huelga general, hasta que á mediados de abril acabaron los huelguistas sus recursos y tuvieron que someterse. Un gran número de jefes del movimiento fué encausado y condenado á penas pecuniarias y de cárcel, lo cual ciertamente no contribuyó á aplacar la excitación de las clases obreras. En otros muchos departamentos se organizaron también grandes huelgas; los periódicos democráticos no se cansaban de excitar la discordia, y si estos movimientos no acabaron por lo general en desastres,

fué debido principalmente á las disposiciones militares que tomó el gobierno.

En el concepto del emperador ganó mucho el ministerio liberal por haber mostrado tanta energía en situaciones tan difíciles, y por otra parte se vió con gran sorpresa que Napoleón dió pruebas de su intencion de ser un soberano verdaderamente constitucional, y que los ministros, de los cuales muchos habían estado predispuestos contra él, llegaron á estar positivamente entusiasmados de su comportamiento y de su rectitud (1). En efecto, el emperador aprobaba cuanto hacia su ministerio; el consejo de ministros discutía todas las disposiciones antes que el cuerpo legislativo ó los ministros las sometiesen á la aprobación del emperador, el cual prometió despues de oír á Daru renunciar á la dirección, practicada desde antiguo, de la política extranjera por medio de la correspondencia directa con los embajadores acreditados cerca de las cortes principales y de conferencias decisivas con los embajadores acreditados cerca de la corte francesa. Se estaba preparando una ley de imprenta en sentido extraordinariamente liberal, y entretanto se permitió la venta de los periódicos por las calles y la libre circulación de los periódicos extranjeros. Algunos de los prefectos más reaccionarios fueron jubilados y un número mucho mayor fué trasladado á otros departamentos; se prometió la ley concediendo el derecho de acusar, sin previa autorización, á los funcionarios por actos cometidos contra la ley en el ejercicio de sus cargos; se reunió una comisión especial para amplificar los derechos de los municipios, y otras disposiciones de descentralización, y fué nombrado presidente de esta comisión el anciano Odilon Barrot; se derogaron los decretos de diciembre de 1851 que autorizaban la deportación de los individuos de sociedades secretas; se anuló la ley de seguridad de 1855, y Ledru-Rollin, excluido de las amnistías anteriores, recibió el permiso de regresar á Francia. Las intenciones pacíficas del gobierno recibieron la necesaria garantía con la disminución del contingente militar anual de 100,000 quintos á 90,000. Verdad es que á la izquierda no satisficieron estas concesiones, pues que lo que ella quería era la república y obligar al ministerio á disolver el cuerpo legislativo. Esperaba obtener grandes triunfos en las nuevas elecciones; pero por lo mismo Ollivier no pensaba en satisfacer este deseo, pues solo en el caso de que la mayoría de los diputados le hubiese sido hostil, se habría resuelto á dar un paso tan arriesgado. Mientras la mayoría siguiera, como seguía, aunque á veces á disgusto, la corriente liberal, los ministros prefirieron con mucha razón los pequeños inconvenientes y molestias que originaba la derecha á los peligros serios que ofrecía todo aumento de los elementos republicanos. No había que temer nada de la extrema derecha, capitaneada por Cassagnac y Pinard, no obstante su contacto con la corte, y tampoco temía Ollivier la ruptura con la derecha, y así declaró que en las elecciones venideras el ministerio observaría la más rígida neutralidad. En general el ministro-director mostró una confianza optimista que los sucesos no justificaron, si bien esta muestra de confianza era una condición ineludible para asegurar el buen éxito de la empresa difícilísima que había acometido. El escéptico Merimee dijo de Ollivier: «Se cree el hombre de Estado más eminente de nuestro tiempo y se figura que puede conseguirlo todo; recuerda á Lamartine en el año 1848, que también creyó que podría dominar la situación.» La confianza en que vivía este ministro, por nadie fué mejor descrita que por él mismo cuando dijo á un antiguo amigo de la izquierda, al preguntarle éste por la salud del empera-

(1) Merimee, tomo II, pág. 406.

dor: «No va bien; su ánimo decae, su energía va desapareciendo, todo le espanta; pero yo le daré una vez feliz.»

En realidad no fué Ollivier el director de los sucesos, sino el dirigido, según se vió en la cuestión de la revisión constitucional; pues prescindiendo del senado-consulta sobre el alto tribunal y la regencia, se había modificado la constitución ocho veces desde 1852: el 25 de diciembre de 1852, el 27 de mayo de 1857, el 17 de febrero de 1858, el 2 de febrero de 1861, el 31 de diciembre de 1861, el 18 de julio de 1866, el 14 de marzo de 1867 y el 8 de setiembre de 1869. Todas estas modificaciones había efectuado el emperador con el auxilio del senado, sin consultar á la representación nacional ni al pueblo, conforme pudo hacerlo, porque en nada atacaba las bases del plebiscito de 1851. Era indudable que este sistema no podía sostenerse ya en adelante y que las modificaciones venideras de la constitución tendrían que ser aprobadas por la cámara ó sometidas á un plebiscito. Si se optaba por lo primero confiriendo á la cámara la atribución de autorizar modificaciones de la constitución, se abandonaba la base democrática sobre la cual descansaba el imperio, y para conservar á éste su legalidad era preciso hacer aprobar este primer paso decisivo por un plebiscito. Si se optaba por lo segundo, es decir, si se conservaba la necesidad del plebiscito para todas las modificaciones futuras de la constitución, resultaba indispensable anular, por medio de un senado-consulta, una multitud de disposiciones secundarias, que se encontraban en la constitución, para someterlas á la legislación ordinaria, porque pedir un plebiscito para su anulación habría sido un grave entorpecimiento para la movilidad necesaria de la legislación. Ollivier adoptó al principio el punto de vista segundo. Cuando Maupas (1) interpelló al gobierno el 5 de enero sobre la política interior, expresando el deseo de que el gobierno renunciara á la modificación sucesiva de la constitución, que solo había originado inseguridad, y que se llevara la obra por un acto único á su conclusión, dijo Ollivier que esto era imposible; que en la política no había ninguna última palabra, pues la última palabra de hoy no era más que el confuso tartamudeo que encerraba el espíritu del día siguiente. Se había puesto sobre el tapete la transformación del senado en cámara alta y el gobierno resolvería esta cuestión de acuerdo con las dos cámaras; pero deseaba expurgar primero de la constitución las disposiciones legislativas que había en ella, como por ejemplo las relativas al nombramiento de los alcaldes, porque solo así podían evitarse las modificaciones demasiado frecuentes de la ley fundamental. Con arreglo á este modo de ver se solicitó del senado, en 18 de febrero, la derogación del artículo 57 de la constitución; pero la comisión elegida en el senado para discutir este proyecto, insistió en que el ministerio le dijese cuáles eran los artículos de la constitución que pensaba suprimir ó modificar en adelante, y entonces cambió Ollivier su táctica, y para que nadie se le adelantara, se declaró á favor de la revisión total, para la cual obtuvo también luego la aprobación del emperador. En el proyecto de la nueva constitución que redactó, evitó cuidadosamente tocar á las disposiciones reservadas á la consulta del pueblo, cuya consulta deseaba eludir; pero también modificó en este concepto su modo de ver cuando la comisión del senado, compuesta de Baroche, Behic, Boudet, Chasseloup-Laubat, Devienne, Drouyn, Magne, Maupas, Rouher, todos ex-ministros, y Quintin Bauchart, exigió que la constitución, tal como se fijara entonces, fuese sometida á un plebiscito. El emperador personalmente se declaró en un consejo de ministros, que se verificó el 30 de marzo, de-

(1) Maupas, tomo II, pág. 450.

cididamente conforme con esta idea, á favor de la cual se puso también el conde de Daru, oponiéndose de todos los demás ministros únicamente Buffet, visto lo cual Ollivier renunció también á su anterior propósito y defendió en la cámara el plebiscito, obteniendo seguidamente una gran mayoría que le manifestó su confianza.

El senado no introdujo en el proyecto modificaciones positivas, pero la comisión en su redacción las propuso muy esenciales, pues mientras el proyecto del gobierno solo constaba de siete artículos con un apéndice de 38, que ya estaban y debían continuar en vigor, fundió la comisión los 45 artículos en un todo, por manera que resultó una constitución completa. Lo que no había sido admitido en ella, como por ejemplo las disposiciones relativas al tribunal supremo, á la acusación de los ministros, al estado de sitio, á la elección de los alcaldes, al derecho de interpelación, quedó en adelante como un simple derecho (2). Las disposiciones nuevas más importantes se referían á la posición del senado, que fué elevado á corporación legislativa al lado del emperador y de la cámara, pero perdió sus atribuciones constituyentes; el número de sus miembros fué elevado á las dos terceras partes de los diputados, siendo la presidencia nombrada como antes por el emperador, y á éste quedó reservada la iniciativa exclusiva de las futuras modificaciones de la constitución y la apelación necesaria al pueblo.

La trascendencia extraordinaria de este último punto era capital, pues daba al emperador la posibilidad de volver siempre que quisiera por medio de un nuevo plebiscito al régimen absoluto autoritario. Hasta aquellas personas que desde el punto de vista de la democracia estaban dispuestas á admitir la legalidad de los plebiscitos, á pesar de la frecuente experiencia de que en ellos siempre disponía el gobierno de las masas, no pudieron conformarse con que la iniciativa del emperador no necesitara en todo caso la aprobación de la representación nacional en el parlamento; y con más razón debía rechazarse desde el punto de vista del régimen parlamentario aquella reserva y exigirse el derecho de modificar la constitución por los factores legislativos, dejando al gobierno la disolución de la cámara como único pero suficiente medio de apelar de la representación nacional á la misma nación. No hubo ninguna contradicción en el hecho de que los defensores de este último modo de ver fueran también en parte los mismos que habían pedido el plebiscito para la modificación constitucional que á la sazón se hallaba sobre el tapete; pues siendo ya un derecho establecido que se consultara al pueblo entero sobre la modificación de las bases de esta forma de apelación al pueblo, era también indispensable consultarle por medio de un plebiscito sobre la supresión de este derecho. Esta opinión encontró en el ministerio mismo, en Daru y Buffet, partidarios decididos, que si bien no pretendieron que el emperador abandonara de una vez para siempre un elemento tan esencial de su sistema, reclamaron la cooperación de la cámara, y no habiéndola conseguido presentaron su dimisión, que les fué admitida en 14 de abril. El ministerio de Negocios extranjeros fué confiado temporalmente á Ollivier y entregado algunas semanas despues al duque de Gramont, embajador acreditado cerca del emperador de Austria. Segrís se encargó de la Hacienda, y saliendo también del gabinete el marqués de Talhouet, se completó con Mege y Plichon. Entretanto había sido aceptada por unanimidad la nueva constitución del 20 de abril por el senado-consulta, y un decreto imperial del 23 fijó para el 20 de mayo la votación plebiscitaria con esta fórmula: «El pueblo francés aprueba las re-

(2) Helie, pág. 1331.